

Equipo Bíblico Verbo

Ciclo
A

leemos • compartimos • oramos

Un tesoro escondido

Encuentros con el evangelio dominical desde la Lectio Divina

evd



Un tesoro escondido

Equipo Bíblico Verbo

leemos • compartimos • oramos

Un tesoro escondido

Encuentros con el evangelio
dominical desde la Lectio Divina
Ciclo A

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
evd@verbodivino.es
www.verbodivino.es

Redacción: Rocío G^a, Miguel Ángel Garzón, Arantza Caballero, Rubén Ruiz
Coordinación de la edición: Rocío G^a Garcimartín

© Editorial Verbo Divino, 2022

Diseño: Chapitel Comunicación
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Impreso en España - *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 1303-2022

ISBN: 978-84-9073-795-8
ISBN ebook: 978-84-9073-796-5

Los autores han tomado las citas bíblicas del texto bíblico de la Conferencia Episcopal Española, optando en algunos casos por traducciones que, siendo fieles al texto hebreo o griego, se adaptan mejor al destinatario de estos materiales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Contenido

Presentación	9
Tiempo de Adviento y Navidad	13
Domingo 1º de Adviento	15
Domingo 2º de Adviento	21
Domingo 3º de Adviento	28
Domingo 4º de Adviento	35
Domingo de la Natividad del Señor	41
Domingo de la Sagrada Familia	47
Santa María, Madre de Dios	54
Domingo 2º de Navidad	60
Epifanía del Señor	66
Bautismo del Señor	73
Tiempo de Cuaresma y Pascua	81
Domingo 1º de Cuaresma	83
Domingo 2º de Cuaresma	90
Domingo 3º de Cuaresma	96
Domingo 4º de Cuaresma	106
Domingo 5º de Cuaresma	115
Domingo de Ramos	125
Jueves Santo	140
Viernes Santo	147
Domingo de Pascua de Resurrección	158
Domingo 2º de Pascua	166
Domingo 3º de Pascua	173
Domingo 4º de Pascua	181
Domingo 5º de Pascua	187
Domingo 6º de Pascua	194
Domingo de la Ascensión del Señor	201
Domingo de Pentecostés	208

Tiempo Ordinario	215
Domingo de la Santísima Trinidad	217
Domingo del Cuerpo y Sangre de Cristo.....	223
Domingo 2º del Tiempo Ordinario	229
Domingo 3º del Tiempo Ordinario	235
Domingo 4º del Tiempo Ordinario	241
Domingo 5º del Tiempo Ordinario	247
Domingo 6º del Tiempo Ordinario	254
Domingo 7º del Tiempo Ordinario	262
Domingo 8º del Tiempo Ordinario	268
Domingo 9º del Tiempo Ordinario	274
Domingo 10º del Tiempo Ordinario	280
Domingo 11º del Tiempo Ordinario	287
Domingo 12º del Tiempo Ordinario	294
Domingo 13º del Tiempo Ordinario	300
Domingo 14º del Tiempo Ordinario	307
Domingo 15º del Tiempo Ordinario	313
Domingo 16º del Tiempo Ordinario	321
Domingo 17º del Tiempo Ordinario	328
Domingo 18º del Tiempo Ordinario	334
Domingo 19º del Tiempo Ordinario	340
Domingo 20º del Tiempo Ordinario	347
Domingo 21º del Tiempo Ordinario	353
Domingo 22º del Tiempo Ordinario	360
Domingo 23º del Tiempo Ordinario	367
Domingo 24º del Tiempo Ordinario	374
Domingo 25º del Tiempo Ordinario	381
Domingo 26º del Tiempo Ordinario	387
Domingo 27º del Tiempo Ordinario	393
Domingo 28º del Tiempo Ordinario	399
Domingo 29º del Tiempo Ordinario	406
Domingo 30º del Tiempo Ordinario	412
Domingo 31º del Tiempo Ordinario	419
Domingo 32º del Tiempo Ordinario	425
Domingo 33º del Tiempo Ordinario	431
Jesucristo Rey del Universo	438
Fiestas	445
Festividad de San José.....	447
Festividad de la Asunción de María	454
Festividad de Todos los Santos.....	461
Festividad de la Inmaculada Concepción de María	467
Índice. Ciclo A	473
Índice de textos evangélicos comentados. Ciclo A	477

Presentación

Hace unos años, Editorial Verbo Divino presentó la colección «Animación Bíblica de la Pastoral». Con ella pretende ofrecer a todos los cristianos unos materiales serios y sencillos para profundizar en su fe a la luz de la Sagrada Escritura leída como palabra de Dios. Dentro de esta colección, hay una subcolección «Leemos, Compartimos, Oramos» que es una propuesta concreta para reflexionar y orar personalmente o en grupos creyentes, desde el itinerario de la Lectio Divina, con diferentes textos y libros bíblicos. Junto a esta subcolección ofrecemos ahora tres publicaciones orientadas a la reflexión y el estudio en grupo del evangelio que se proclama en la liturgia dominical:

- Son tres publicaciones. Cada una de ellas sigue el ciclo litúrgico correspondiente (ciclo A, B, C).
- Pensadas para una comunidad creyente y orante. Sin embargo, ello no excluye la reflexión personal. En ambos casos, comprobaremos que, cuando se han meditado antes los textos bíblicos, la eucaristía o celebración dominical adquiere una mayor resonancia en la vida.
- Leemos el evangelio en clave de Lectio Divina. En un recuadro final ofrecemos un brevíssimo comentario de las otras lecturas bíblicas del domingo correspondiente que deben ponerse en relación con el contexto litúrgico y la situación concreta de la comunidad que celebra.

Un itinerario de lectura creyente y orante...

A partir del Concilio Vaticano II, y sobre todo a partir de los últimos papas, se está volviendo a recordar la centralidad del estudio, lectura, meditación y oración de la Sagrada Escritura. Para ayudar a este fin, la Iglesia

ha recobrado algunos itinerarios de lectura de la Biblia y en su seno han surgido otros nuevos. Nosotros hemos adoptado el itinerario clásico de la Lectio Divina, al que hemos añadido, según la sensibilidad actual, el paso del compromiso:

- Lectura: ¿Qué dice el texto?
- Meditación: ¿Qué dice de mí/nosotros el texto?
- Oración/Contemplación: ¿Qué le decimos a Dios a partir del texto?
- Compromiso: ¿Qué hace surgir en mí/nosotros el texto?

Este itinerario va precedido por unos momentos de silencio y oración inicial que denominamos «Nos disponemos» y termina con una «Oración final» en la que se comparten las voces de los participantes. Un recuadro final recoge las otras lecturas bíblicas de la liturgia y pone el cierre a la sesión grupal.

Lectura: ¿Qué dice el texto?

Este es el paso que más hemos desarrollado en el itinerario. Consideramos que es importante enseñar a leer un texto bíblico y, a la vez, ofrecer pautas de comprensión para unas unidades literarias con características propias, que fueron escritas hace mucho tiempo pero cuyo contenido de fe puede ser un espejo en el que nos miremos también los creyentes de hoy. Por eso, este paso, lejos de ser un análisis meramente intelectual del texto bíblico, busca descubrir el mensaje de fe que guarda, desde una actitud orientada a «saborear» el pasaje.

Los participantes del grupo bíblico, ayudados por la persona que hace las veces de animadora, van leyendo el relato, deteniéndose en las reflexiones y preguntas marcadas en cursiva. Juntos, buscan responderlas acudiendo a los textos que se señalan. Es recomendable no saltar al párrafo siguiente, pues en él se ofrecen las respuestas requeridas. De esta forma, el mismo grupo va verificando su avance en la comprensión del pasaje.

Los recuadros al margen tienen carácter informativo. Son ayudas para comprender mejor el texto y para profundizar en elementos que quedan fuera de la explicación ofrecida. El animador debe decidir en qué momento de la sesión pueden ser leídos, o incluso recomendarlos para el trabajo de profundización personal después del encuentro grupal.

Meditación: ¿Qué dice de mí/nosotros el texto?

El segundo paso del itinerario es la meditación. El objetivo en este caso es la actualización del mensaje de fe para la vida creyente de cada participante del grupo. Es momento para compartir cómo la Palabra me lee, provoca un cambio en mi vida, me invita a cambiar de actitudes y de comportamientos concretos. La autenticidad, la transparencia, la sincera interiorización y la humildad son algunas de las actitudes que pueden ayudarnos en este segundo paso del itinerario.

La presencia del animador o animadora en este momento es importante para facilitar el diálogo y la apertura al grupo de cada uno de los participantes. Su labor es, además, moderar las intervenciones de modo que, en el tiempo fijado, nadie se extienda tanto en su palabra que prive a otros de compartir la suya.

Oración: ¿Qué le decimos a Dios a partir del texto?

Después de haber escuchado lo que dice el texto y haber compartido lo que dice de cada uno de los participantes, es momento de hablar con el Dios que nos ha dirigido su Palabra. En este paso, estos materiales contienen algunas sugerencias para la oración. Son solo eso, sugerencias, pero lo ideal es que, superando lo escrito por otros, el mismo orante llegue a expresarle a Dios su alabanza, sentimientos, súplicas, a partir del salmo compartido y meditado.

En todas las unidades, la última de las sugerencias para la oración es una llamada a dejar un tiempo de silencio contemplativo. Es cierto que Dios habla en las palabras de otros, en los acontecimientos, pero también en la interioridad callada de palabras propias y habitada por el silencio. Es lo que queremos favorecer con ello. No obstante, el animador puede suscitar otras formas provechosas para su grupo.

Compromiso: ¿Qué hace surgir en mí/nosotros el texto?

La Palabra comprendida, meditada, orada y contemplada va conformando en nosotros la mirada, los sentimientos y las actitudes de Cristo. Solamente desde aquí brota un compromiso auténtico y coherente con nuestra identidad cristiana, que es el elemento que se explicita en este último paso.

... para vivir el año litúrgico

A nadie se nos escapa que vivimos inmersos en el tiempo. Toda nuestra actividad se desarrolla en el transcurso de los días, los meses y los años. Todo pasa y todo se renueva. La Iglesia está inmersa y acompaña este devenir humano en el tiempo. Mediante el año litúrgico ofrece a cada creyente y a cada comunidad cristiana la oportunidad de vivirlo dejando que sean los acontecimientos de la vida de Cristo los que marquen el ritmo, los que den profundidad y sabor a la existencia sin sucumbir al sin-sentido de la rutina. Así, a lo largo de muchos siglos de experiencia creyente y avatares diversos, ha quedado configurado un itinerario religioso que denominamos año litúrgico. Partiendo del acontecimiento central de la Pascua y deteniéndose en cada domingo del año, rememora la vida del Señor Jesús, la buena noticia de cómo vivió, de lo que hizo y enseñó.

El Leccionario del año litúrgico, que, como decimos, tiene como centro la persona de Jesucristo, quedó estructurado después del Concilio Vaticano II en tres ciclos (A, B y C) con tres lecturas para cada domingo. Este año corresponde el ciclo A y será el evangelista san Mateo quien nos acompañe en los llamados «Domingos del Tiempo Ordinario». Para los llamados «Tiempos Fuertes» (Adviento y Navidad, Cuaresma y Pascua), el Leccionario seguirá una temática según los acontecimientos rememorados y, además de san Mateo, se proclaman textos de otros evangelistas.

Evidentemente estas lecturas evangélicas y acontecimientos recordados en el año litúrgico no suponen una repetición acrítica del pasado. Ofreciéndolos para nuestra proclamación y celebración, la Iglesia orienta su mirada y la nuestra hacia una vida en fidelidad: fidelidad a las enseñanzas del Maestro y Señor, y fidelidad al momento histórico en el que estamos llamados a encarnar tales enseñanzas. En este sentido somos como el escriba Mateo que es capaz de sacar de su arcón «cosas nuevas y viejas» (cf. Mt 13,52).

Tenemos en las manos un tesoro, el Evangelio, que tristemente ha estado escondido durante mucho tiempo. Hoy, ahora, es el momento apropiado para redescubrirlo. El año litúrgico puede ayudarnos a disfrutarlo y vivirlo. Esta publicación quiere ser solo el acompañante humilde que se hace presente para ofrecer rayos de luz en el camino. Lo decisivo es que la Palabra hecha carne, el tesoro por excelencia, vuelva a encarnarse en nuestra sociedad, en nuestro mundo.

Equipo Bíblico Verbo

Tiempo de Adviento y Navidad

Domingo 2º de Adviento

Evangelio: Mateo 3,1-12

¹Por aquellos días, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea, ²predicando:

—Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos. ³Este es el que anunció el profeta Isaías diciendo:

«Voz del que grita en el desierto:

“Preparad el camino del Señor,
allanad sus senderos”».

⁴Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. ⁵Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán; ⁶confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán. ⁷Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo:

—¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? ⁸Dad el fruto que pide la conversión. ⁹Y no os hagáis ilusiones, pensando: «Tenemos por padre a Abrahán», pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras. ¹⁰Ya toca el hacha la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será talado y echado al fuego. ¹¹Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. ¹²Él tiene el biello en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga.

«Preparad el camino del Señor»

Mt 3,1-12

Nos disponemos

Recorriendo el tiempo de Adviento nos preparamos para acoger la palabra de Dios en este nuevo encuentro de oración. Pedimos al Espíritu Santo que aparte de nosotros toda distracción y todo obstáculo que nos impida acoger este evangelio y que nos ilumine con su luz para que lo comprendamos y lo hagamos vida.

Danos tu Espíritu, Señor.
Donde no hay Espíritu, no puede brotar la vida.
Donde no hay Espíritu, lo único posible es el miedo.
Donde no hay Espíritu, la rutina lo invade todo.
Donde no hay Espíritu, no podemos reunirnos en tu nombre.
Donde no hay Espíritu, se olvidan las cosas esenciales.
Donde no hay Espíritu, no puede haber esperanza.
Danos tu Espíritu, Señor.

Proclamación de Mateo 3,1-12

Cada año la liturgia de Adviento nos pone ante la figura de Juan el Bautista como ayuda esencial para realizar este camino espiritual. El evangelio de san Mateo nos lo presenta justo después de narrar el nacimiento de Jesús (cc. 1–2) como antesala del inicio de su misión. En esta unidad vamos a reflexionar sobre este pasaje.

Lectura de Mt 3,1-12

Dejamos unos momentos de silencio para releerlo y permitir que el texto resuene en nuestro interior.

LECTURA: ¿Qué dice el texto?

La escena tiene como protagonista a Juan el Bautista junto con el pueblo que acudía a él. El texto se divide en tres partes. La primera contiene la llegada del Bautista y su predicación general (3,1-3). La segunda es una

sección descriptiva del personaje y del resultado de su misión (3,4-6). La tercera incluye las palabras dirigidas a los fariseos y saduceos cuando acudían a él para ser bautizados (3,7-12).

Comencemos leyendo la primera parte, vv. 1-3. ¿Dónde está Juan y cuál es su misión? ¿Qué función representa en medio del pueblo?

El profeta Elías no murió, sino que fue arrebatado al cielo en un carro de fuego (2 Re 2,11). La tradición judía esperaba su vuelta, para anunciar la venida inminente de Dios en el día final (Mt 11,14). Su labor era la de preparar los corazones con la conversión para que Dios no tuviese que castigar al pueblo en su llegada (Mal 3,1.24-25; Eclo 48,9-10; Lc 1,17).

El evangelista, después de narrar el nacimiento de Jesús y su ida y vuelta de Egipto, señala que José se fue con María y el niño a Nazaret. Inmediatamente después da un salto cronológico y con la genérica indicación «por aquellos días» introduce repentinamente la figura de Juan el Bautista. Lo sitúa en el desierto de Judea, lugar donde los judíos carismáticos buscaban purificar la religión de Israel con su predicación y su vida austera. Así lo reflejan las palabras que salen de su boca, llamando a la conversión porque el reino de los cielos está llegando. Invita a un cambio en el modo de orientar la vida, dirigiendo el pensamiento y el corazón hacia Dios. Mateo indica que a él se refería el profeta Isaías cuando aludía a la voz que clamaba en el desierto (Is 40,3). El Bautista queda identificado como el precursor que prepara el camino del Señor.

Leamos la segunda parte, vv. 4-6. ¿Cómo se describe a Juan? ¿Qué significan sus vestidos y alimento? ¿Le escuchaban?

A continuación, el evangelista pasa revista a la vestimenta y la dieta de Juan. Llevaba un vestido de piel de camello y una correa de cuero a la cintura. De esta forma se le caracteriza como el profeta Elías (2 Re 1,7-8), apasionado defensor de la pureza de la religión de Israel y cuyo retorno se esperaba antes del día de la salvación final (Mal 3,23-24). Su alimentación es la típica del desierto, señalando la austeridad. Su predicación tuvo una fuerte repercusión, atrayendo a las gentes de toda la región de Judea y los alrededores del Jordán (se puede pensar que tanto en tierras judías como paganas), quienes una vez confesados sus pecados se hacían bautizar por él.

Pasemos ahora a leer la última parte comenzando por los vv. 7-10. ¿A quiénes se dirige Juan de modo particular? ¿Por qué usa ese tono?

Entre las muchas personas que se le acercan para ser bautizadas están los fariseos y saduceos, grupos representantes del judaísmo de la época, con gran influencia en el ámbito social y religioso. La reacción del Bautista es dura y áspera: ¡raza de víboras! Los compara con este animal astuto y peligroso, capaz de moverse sibilinamente y escapar. En este caso Juan les dice que quieren huir de esa manera del juicio que pesa sobre ellos por sus comportamientos (Mt 23). Les pide que den frutos auténticos de conversión. No bastan sus palabras sino sus obras. Ellos se aferran a su pertenencia al linaje de Abrahán, como un salvoconducto de salvación que los hace inmunes. Pero sus obras deben corresponder a lo que Dios pide. Con la imagen de la tala, el Bautista indica que el juicio es inminente y quien no dé fruto será cortado y echado al fuego.

En el AT el fuego es elemento del castigo final en el juicio (Is 66,24; Jdt 16,17; Eclo 7,17). Mateo recoge también este símbolo. Especialmente se inspira en el fuego permanente que ardía en el valle del Hinon (de ahí el nombre de gehenna), lugar donde se amontonaban y quemaban las basuras de la ciudad (2 Re 23,10; Jr 7,31) y que se convirtió en signo del castigo del más allá (Mt 5,22; 10,28; 18,9; 23,15.33).

Continuemos con las siguientes palabras del Bautista a los fariseos y saduceos, vv. 11-12. ¿Con quién se compara? ¿Qué diferencias hay entre ellos?

Entonces Juan les habla de su misión en comparación con alguien que viene detrás de él, con más fuerza y dignidad. No lo nombra, pero se refiere a Jesús. Juan bautiza con agua para la conversión; Jesús, en cambio, bautizará en el Espíritu Santo y fuego. Es decir, tiene la capacidad de sumergir (eso significa bautizar) en la vida divina, en la salvación, logrando no solo un lavado externo (agua) sino una purificación interior (fuego). Juan asevera que Jesús es el que trae el juicio. Lo representa con las imágenes escatológicas de la parva y el fuego devorador (Is 66,24; Mt 5,22; 13,42). La parva va a ser aventada para cribar el trigo de la paja, lo bueno de lo malo. Los justos y fieles serán recogidos por Jesús, el salvador, y los infieles serán quemados en el fuego.

Llegados al final, ¿qué función cumple Juan en la historia de la salvación? ¿Qué relación tiene con Jesús?

Todo el relato nos presenta la figura de Juan como el último de los profetas del Antiguo Testamento. La voz y misión de estos profetas resuena en su propia voz y misión: todos ellos invitan a poner el corazón en Dios para vivir desde su voluntad y anuncian la salvación que llega preparando su camino. Su predicación se cumple definitivamente en Jesús. La voz de Juan es dura, sus imágenes también. Pero hay alguien más fuerte que da lo que no puede conceder el Bautista: la vida de Dios y el fuego de su Espíritu. El mismo Juan tendrá que someterse a su buena nueva y contrastar sus expectativas con los signos del reino de los cielos que trae el Mesías Jesús (Mt 11,2-15, ver siguiente unidad). La voz de los profetas nunca muere, siempre está viva esperando ser acogida y provocar el fruto de la conversión y el encuentro con el salvador.

MEDITACIÓN: ¿Qué dice de mí/nosotros el texto?

Las palabras de Juan siguen resonando con esa misma fuerza, especialmente en este desierto del Adviento. Hoy somos su audiencia, cada uno de nosotros estamos ante él interpelados por sus palabras. Dejemos que toquen nuestra conciencia y nos lleven al encuentro con Dios.

– *¿De qué siento en este momento que me tengo que convertir?*

– *¿Qué fruto está esperando Dios de mí? ¿Por qué no termino de darlo?*

ORACIÓN: ¿Qué le decimos a Dios a partir del texto?

Después de escuchar las palabras de Juan y dejarlas pasar por el corazón confrontando nuestra vida con ellas es el momento de responder con nuestra oración presentando a Dios los sentimientos y necesidades que nos ha suscitado.

- En primer lugar, damos gracias a Dios por todos los que han sido y son profetas del Señor en nuestra vida y en el mundo. Por los que nos han ayudado a cambiar comportamientos y actitudes equivocadas haciendo de nosotros mejores personas y mejores cristianos. Por los que no callan su voz denunciando el mal y abriendo caminos de vida y esperanza.
- Pedimos perdón por no dar los frutos de conversión que Dios espera. Por resistirnos a cambiar las actitudes que nos alejan del Evangelio, por resistirnos a salir del egoísmo y la pereza, del individualismo y el orgullo, de la vida derrochada y sin sentido.

- Ponemos ante Dios nuestras vidas, para que este tiempo de Adviento nos ayude a acercarnos más a Dios y a Jesús. Para que nos fortalezca en la esperanza de vivir dando frutos de vida y amor siendo instrumentos que construyan una nueva civilización.
- Terminamos sabiéndonos amados por Dios, cuya misericordia y ternura son bálsamo que regenera. Ponemos nuestro corazón en el Señor, sabiendo que el fuego de su Espíritu nos sana y nos sosiega, nos abraza y nos calma, nos inunda de gozo y nos impulsa a la misión.



COMPROMISO: ¿Qué hace surgir en mí/nosotros este texto?

El texto nos exhorta fuertemente a dar signos que muestren la autenticidad de nuestra conversión y la coherencia de nuestra vida. Terminemos esta oración concretando el modo en el que esta Palabra nos mueve a cambiar alguna actitud o comportamiento equivocado.

– *Con la luz que nos ha aportado la Palabra, formulo el compromiso que quiero adquirir.*

– *Compartimos en el grupo nuestros compromisos.*

Oración final

Finalizamos con este poema que nos invita a cambiar lo viejo, a renovar nuestra vida, a «nacer de nuevo» como nos invitan los profetas.

Nací una vez,
a la luz, a la vida,
al ruido, a los olores,
al calor y al frío,
a los abrazos,
al hambre,
a los sabores,
a la saciedad,
al gusto,
a la música,
a la ternura,
a los encuentros.

Después,
pequeñas muertes

fueron matando sueños,
anhelos, inocencia
y pasión.

Si tú tiras de mí,
naceré de nuevo,
al reino y al evangelio,
al amor y la esperanza,
a la voz de los profetas,
a una misión.

Cada vez que muera,
volveré a nacer.

La verdad
se irá curtiendo
en mil duelos.

El espíritu
irá renovando
mi yo gastado.
El agua viva lavará
cada herida vieja.

Hasta esa muerte final,
que será antesala
de un último nacimiento,
a la Luz, a la Vida,
y al Amor.

Y esta vez ya para siempre

José María R. Olaizola

Domingo 2º de Pascua

Evangelio: Juan 20,19-31

¹⁹Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

—Paz a vosotros.

²⁰Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. ²¹Jesús repitió:

—Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. ²²Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:

—Recibid el Espíritu Santo; ²³a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. ²⁴Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

—Hemos visto al Señor.

²⁵Pero él les contestó:

—Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

²⁶A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

—Paz a vosotros.

²⁷Luego dijo a Tomás:

—Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

²⁸Contestó Tomás:

—¡Señor mío y Dios mío!

²⁹Jesús le dijo:

—¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto.

³⁰Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. ³¹Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

«Para que tengáis vida en su nombre»

Jn 20,19-31

Nos disponemos

Acabamos de estrenar el tiempo litúrgico de la Pascua, tiempo que llena de sentido nuestra fe y nos recuerda que Cristo está vivo y acompaña hoy a su Iglesia a través de su Espíritu. A él acudimos al inicio de nuestra reunión invocando su presencia entre nosotros.

Espíritu de Jesús, una vez más acudimos a ti.
 Porque gracias a ti no nos sentimos huérfanos de Jesús.
 Te pedimos, Espíritu divino,
 tu protección, tu auxilio y tu guía.
 No dejes que perdamos la ilusión,
 no dejes que nos olvidemos de todo
 lo que Jesús nos ha enseñado.
 Espíritu Santo, ilumínanos.

Proclamación de Juan 20,19-31

Los acontecimientos se han sucedido rápidamente. De la crucifixión al sepulcro, del dolor por la separación de Jesús a la duda sobre ese rumor que dice que ha resucitado. Este evangelio nos sitúa entre la duda, la certeza y la confesión creyente. Sin olvidar que todo está escrito para fortalecer nuestra fe.

Lectura de Jn 20,19-31

Dejamos unos momentos para releer personalmente el texto. Favoremos así que el evangelio resuene en nuestro interior.

LECTURA: ¿Qué dice el texto?

El texto del evangelio que proclamaremos en la liturgia presenta dos manifestaciones de Jesús resucitado, con un intervalo de ocho días. Ambas manifestaciones suceden en domingo, el primer día de la semana, el «día del Señor». En la primera de ellas, el Resucitado se pone en medio de la

comunidad reunida en el cenáculo y le regala los dones pascuales (Jn 20,19-23). En la segunda manifestación, el Resucitado conduce al incrédulo Tomás a la fe pascual (Jn 20,24-29). El texto termina con una conclusión solemne del autor del evangelio invitando a creer (Jn 20,30-31).

Comencemos leyendo Jn 20,19-21. ¿Cuáles son las primeras palabras del Resucitado a los suyos? ¿Qué reacción provocan en los discípulos?

No sabemos con precisión quiénes estaban en esa reunión; solo se nos dice que los discípulos estaban llenos de miedo. Pero sus dudas quedarán disipadas con las palabras que Jesús les dirige cuando se aparece en medio de ellos. El Resucitado combate las dudas de los suyos con el deseo de la paz, deseo que Jesús había proclamado con fuerza en su predicación (Jn 14,27). La reacción de los discípulos será instantánea: se llenaron de alegría. La experiencia sensible y directa del Resucitado ha producido el cambio del miedo a la alegría. Pero no todo acaba con el deseo de la paz; a estas tranquilizadoras palabras Jesús añade el envío a la misión. El tiempo de estar encerrados en casa ha acabado.

Leemos ahora Jn 20,22-23. Estos dos versículos completan la escena anterior y concretan el envío misionero. ¿Cuál es la fuerza que Jesús les comunica para el desempeño de la misión?

No basta que los discípulos se queden para ellos la alegría de la resurrección; es necesario llevar al mundo esa buena noticia. Por eso, Jesús les manda a la misión. Pero los discípulos siguen siendo frágiles y necesitan ser reforzados en su debilidad. Esta fuerza que Jesús les va a comunicar no es otra que el Espíritu Santo. El evangelio de Juan también lo designa con el término griego *Paráclito* (Jn 14,16; 16,7), que puede traducirse como: el abogado, el defensor, el que va a auxiliar a los discípulos en su misión. Y el Resucitado da también a los suyos la potestad para perdonar y retener los pecados. De este modo, los discípulos continuarán la misión de misericordia y sanación del Señor Jesús.

El relato introduce ahora la escena con Tomás. Leemos Jn 20,24-29. ¿Qué dificultad tiene Tomás? ¿Qué enseñanza fundamental le ofrece Jesús?

Después de la muerte de Jesús, a los discípulos les costó dar el paso hasta la fe en Cristo resucitado. El evangelista toma el ejemplo de Tomás, como antes

había hecho con María Magdalena (Jn 20,11-18), para animar a su comunidad a creer. En este caso, Tomás no acepta en el testimonio de la comunidad que proclama: «Hemos visto al Señor» y dice que solo creerá en Jesús resucitado cuando lo vea físicamente con las marcas indiscutibles de la cruz.

En su relato, el evangelista repite todos los datos de la primera aparición y reorienta la atención hacia la grandeza de la fe, que consiste en la acogida del mensaje de los apóstoles y en la superación de la percepción de los sentidos para experimentar la presencia del Resucitado en la Iglesia. Por eso, termina con una bienaventuranza de Jesús: «Bienaventurados los que crean sin haber visto» (v. 29). Es decir, la fe de quienes no han podido ver con los propios ojos y tocar con las propias manos al Resucitado será superior y más meritoria que la de los primeros discípulos.

En el encuentro entre Jesús y Tomás destaca la completa confesión del apóstol una vez que ha creído: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28). No solo reconoce finalmente a Jesús como su Señor, sino también como Dios. Para algunos especialistas estas palabras de Tomás constituyen «la suprema afirmación cristológica del cuarto Evangelio».

Raymond Brown

Esta invitación a creer se repite en los versículos finales: Jn 20,30-31. ¿Cuál es la finalidad por la que se ha redactado el evangelio?

Encontramos ahora la mano del narrador que escribe un solemne final a su obra. Solamente la primera generación apostólica pudo ver a Jesús y convivir con él. Por eso el autor del cuarto evangelio recoge las tradiciones antiguas sobre el Señor y las ofrece a su comunidad y a las comunidades venideras para que todos puedan creer. La finalidad principal que ha movido al autor es, por tanto, despertar, suscitar y consolidar la fe en Jesucristo. Y la consecuencia de ese creer será obtener la vida en plenitud. Recuerda este final las propias palabras de Jesús en este evangelio: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Esta vida es la que se nos ofrece hoy también a nosotros si acogemos con fe al Resucitado.

MEDITACIÓN: ¿Qué dice de mí/nosotros el texto?

Los discípulos asustados al inicio del relato y Tomás que duda quizás no son tan distintos a nosotros. La presencia de Jesús resucitado en medio

de ellos acabó disipando todo temor y toda duda. Animados por su testimonio, podemos hoy repetir esa experiencia de fe.

¿Cuáles son hoy mis miedos y mis dudas respecto a la fe en la resurrección? ¿Cómo me ayuda la comunidad creyente a superarlos?

ORACIÓN: ¿Qué le decimos a Dios a partir del texto?

Ahora nosotros somos los discípulos reunidos en nombre de Jesús. Ahora ya no tenemos las puertas cerradas por miedo. Con nuestras dudas y certezas creemos en Jesús resucitado y a él invocamos.

- Me siento parte de la comunidad de los que creen en Jesús. No estoy solo, como los discípulos, vivo mi fe en el seno de la Iglesia. Con sus luces y sus sombras doy gracias a Dios por haberme invitado a formar parte de la comunidad cristiana y poder participar de la misión de la Iglesia en el mundo.
- Agradezco al Señor todos los compañeros de viaje que me ha ofrecido para poder con ellos crecer en mi vida de fe. Igualmente pido para todos que nos conceda el don de la alegría pascual que vivieron los discípulos.
- Le pido al Señor por todos los que, como Tomás, dudan de él. Me ofrezco al Señor para ser un instrumento suyo, que me haga fuerte para poder ayudar en su fe a los que vacilan. Que me ayude siempre a tener una mirada llena de ternura y comprensión hacia ellos, como haría el propio Jesús.
- Una vez más, abro mi corazón y mi vida ante Jesús resucitado. Quiero que sus dones pascuales (la paz, la alegría, el Espíritu Santo, el perdón) transformen mi vida para que pueda ser transmisor de ellos en mi ambiente. En silencio contemplativo repito: «Señor mío y Dios mío».

COMPROMISO: ¿Qué hace surgir en mí/nosotros este texto?

Como bautizados hemos recibido también nosotros la misión de hacer presente a Jesús en el mundo. Muchas personas tienen dudas de fe o directamente ya no creen en Jesús. Nuestro testimonio continúa la obra evangelizadora de la Iglesia.

– *Con la luz que nos ha aportado la Palabra, la meditación compartida y la oración, coloco una palabra o frase al margen del texto. Con ella formulo el compromiso que quiero adquirir.*

– *Compartimos en el grupo nuestros compromisos.*

Oración final

Podemos terminar recitando el salmo responsorial del domingo o bien acabar con esta breve oración.

¿Quién no ha dudado alguna vez, Señor?
Confiamos en que tú conoces bien nuestra fragilidad
y no te asustas de nuestras dudas y temores.
Siempre necesitamos espejos donde mirarnos.
Hoy lo encontramos en Tomás y en los primeros discípulos.
También ellos dudaron, pero la gracia de tu Espíritu
disipó todas sus oscuridades.
El autor de la primera carta de Juan
dejó bellamente escrito
que «no cabe temor en el amor» (1 Jn 4,18).
Por eso queremos estar fuertemente unidos a ti,
que eres amor,
para que todas nuestras incertidumbres queden disipadas.
Tú eres el Señor de nuestras vidas,
guárdanos en tu presencia
y ayúdanos a creer sin necesidad de ver.
Amén.

Lecturas bíblicas: Domingo 2º de Pascua

Primera lectura: Hechos 2,42-47

La primera lectura presenta a la comunidad cristiana nacida de la Pascua y del envío del Espíritu Santo. En ella ya no hay rastro de duda o de temor. Los «signos y prodigios» que se realizan de la mano de los apóstoles recuerdan los signos de misericordia de Jesús. Así vemos cómo se establece la continuidad entre la comunidad y su fundador, Jesucristo.

Salmo 117,2-4.13-15.22-24:

**Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.**

El salmo invita a la alabanza y la acción de gracias por la misericordia de Dios y su acción salvadora en nuestra historia.

Segunda lectura: 1 Pedro 1,3-9

La primera carta de Pedro se dirige a comunidades cristianas que vivían en zona mayoritariamente pagana y pasaban dificultades a la hora de expresar su fe. El autor les invita a mantenerse firmes en su vida y su fe.

Domingo 2º del Tiempo Ordinario

Evangelio: Juan 1,29-34

En aquel tiempo, ²⁹al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

—Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ³⁰Este es aquel de quien yo dije: «Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo». ³¹Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.

³²Y Juan dio testimonio diciendo:

—He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. ³³Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: «Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo». ³⁴Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios.

«Lo he visto y he dado testimonio»

Jn 1,29-34

Nos disponemos

Pedimos al Espíritu Santo que prepare nuestro corazón para acoger la palabra de Dios y para hacer vida cuanto ella nos sugiera. Queremos escuchar su voz y convertirnos en testigos humildes y valientes de su presencia en el mundo.

Espíritu Santo,
abre nuestros oídos para escuchar la Palabra.
Pon luz en nuestros ojos para ver, en ella,
al esperado de las naciones, nuestro Señor Jesucristo.
Graba en nuestras entrañas el deseo
de conocer mejor la voluntad de Dios
y su plan de amor sobre el mundo.
Llénanos de coraje y valentía
para ser testigos ante el mundo
de todo aquello que hemos visto y conocido de ti.

Proclamación de Juan 1,29-34

Juan Bautista, el precursor de Jesús, orienta la mirada de Israel y la de toda la humanidad hacia el esperado de las naciones. Su testimonio es de primera mano: porque ha visto y conoce, es testigo.

Lectura de Jn 1,29-34

Dejamos unos momentos de silencio. Favorecemos así que el texto del evangelio resuene en nuestro interior.

LECTURA: ¿Qué dice el texto?

Pasada la fiesta del Bautismo del Señor, la liturgia eclesial comienza un nuevo tiempo litúrgico, que conocemos como «Tiempo Ordinario». Lo iniciamos con un pasaje del cuarto evangelio que recoge el testimonio de Juan Bautista sobre Jesús, un testimonio que dura tres días (Jn 1,19-42). El pasaje que proclamamos hoy corresponde al día segundo. En él, el

Bautista hace unas declaraciones muy significativas sobre la identidad de Jesús que irán explicándose a lo largo de todo el evangelio.

Fijémonos en lo que dice Jn 1,29. ¿Cuál es la primera afirmación de Juan sobre Jesús? ¿Nos recuerda algún pasaje del Antiguo Testamento?

La imagen del cordero recordaba a los primeros cristianos el sacrificio liberador de la pascua de Egipto (Ex 12,21-23), sacrificio que se repetía anualmente en el templo de Jerusalén. También el profeta Isaías había hablado del «cordero llevado al matadero» (Is 53,6-7). Esta figura del cordero, con sus ecos veterotestamentarios, va a ser retomada por los evangelistas para reflexionar sobre la vida, muerte y resurrección de Jesús, así como para ahondar en sus ecos salvíficos: obtener para nosotros el perdón de los pecados. Él es la nueva y definitiva Pascua.

El día del Yom Kippur, para la expiación del pecado del pueblo, se elegían del rebaño dos chivos o dos corderos, que eran llevados delante de los sacerdotes y de la asamblea. Uno de ellos era ofrecido en holocausto. Y al otro le imponían las manos los sacerdotes y el pueblo, descargando sobre él el pecado de toda la comunidad; luego lo expulsaban al desierto. Con este gesto simbólico, el pueblo quedaba liberado de sus culpas (Nm 29,11; Lv 16,24).

La segunda afirmación que Juan hace de Jesús es una frase enigmática: «Tras de mí... por delante de mí... existía antes que yo» (Jn 1,30). Leamos este versículo a la luz de Jn 1,1-2. ¿Qué dice el Bautista de Jesús?

Leída detenidamente, la frase enigmática no lo es tanto. Juan está hablando de dos dimensiones de la persona de Jesús: la temporal («viene tras de mí») y la eterna («existía antes que yo»). Los lectores del cuarto evangelio ya conocimos quién era el Bautista (Jn 1,6-8.15) y su primer testimonio con los sacerdotes y levitas (Jn 1,19-28). Ahora confirma su condición de precursor ante Jesús, el que «se ha puesto delante de mí». Ahondaremos sobre el carácter humano y, a la vez, divino y eterno de Jesucristo, a lo largo de todo el evangelio. Ahora se repiten los primeros versículos del prólogo donde se afirma que la Palabra, antes de la creación, existía junto a Dios y era Dios (Jn 1,1-2).

La tercera afirmación sobre la identidad de Jesús también nos será desvelada a lo largo de todo el evangelio. Leamos Jn 1,32-34. ¿Qué dice el Bautista de Jesús?

La confesión de Jesús como el Hijo de Dios es tan importante que cerrará también el cuarto evangelio, esta vez puesta en boca del evangelista: «Estos (signos) han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios...» (Jn 20,31). Jesús es el Hijo sobre el que ha descendido el Espíritu Santo, permaneciendo sobre él. Por eso podrá bautizar con Espíritu Santo, hacer vida las palabras de Dios, extender su presencia y desterrar el pecado de la humanidad.

Leamos de nuevo todo el texto Jn 1,29-34. ¿Cómo relaciona Juan «ver», «conocer» y «testimoniar» a Jesús?

Todas las afirmaciones que el Bautista hace sobre Jesús se sostienen en una razón: «Yo lo he visto» (Jn 1,34). Su testimonio es de primera mano: porque ha visto y conocido a Jesús, el Cordero de Dios, al preexistente, al Hijo, sale a contarlo, a bautizar con agua «para que sea manifestado a Israel» (Jn 1,31). Porque ha escuchado la voz, puede hacerse eco de esa voz. También el cuarto evangelista habla de sí mismo como testigo (Jn 21,24) y se ratifica en las cartas (1 Jn 1,1-3; 3 Jn 12). Muchos cristianos a lo largo de la historia han tomado el relevo. Ahora nos toca a nosotros.

MEDITACIÓN: ¿Qué dice de mí/nosotros el texto?

Juan, el precursor, se define como testigo de Jesús. Porque ha visto y conocido, da testimonio. Hoy nos invita a cada uno de nosotros a dar esos mismos pasos.

– ¿Es mi testimonio claro y valiente como el de Juan?

– ¿Qué puedo hacer para conocer mejor a Jesús y para proclamar mejor su Evangelio?

ORACIÓN: ¿Qué le decimos a Dios a partir del texto?

No es fácil dejar la comodidad, ponerse en camino y salir a dar testimonio, sobre todo cuando sabemos que no todo van a ser aplausos y parabienes. Necesitamos pedir la fuerza y el empuje del Espíritu Santo.

- Gracias, Señor, porque en el bautismo fuimos incorporados al misterio de tu muerte y resurrección. Te pedimos que la gracia recibida en él nos empuje a una vida comprometida en la misión de anunciar con valentía el Evangelio.
- Gracias, Señor, por las personas que, como Juan Bautista, han conocido a Jesús y se lo cuentan a otros. Gracias por aquellas personas que nos han indicado dónde encontrar a Jesús. Gracias por quienes trabajan por la justicia, por la dignidad humana, por un orden social más justo, por la libertad.
- Te presentamos hoy, Señor, a quienes no tienen libertad de expresión, especialmente a quienes son silenciados a causa de su fe. Te pedimos misioneros valientes y comprometidos cuyo testimonio brote de aquello que han visto, conocido y oído.
- Permanezco ante el Señor Jesús. Le cuento mis alegrías y dificultades en el camino de conocerlo y testimoniarlo. Le pido que me bautice con Espíritu Santo, que me muestre su rostro y su corazón.



COMPROMISO: ¿Qué hace surgir en mí/nosotros este texto?

El compromiso de Juan, el testigo y precursor, fue salir a bautizar con agua para que todo Israel conociera a Jesucristo. Hoy a cada uno de nosotros también se nos pide un gesto testimonial concreto como expresión de que hemos visto a Jesús y le conocemos.

– *Con la luz que nos ha aportado la Palabra, la meditación compartida y la oración, coloco una palabra o frase al margen del texto. Con ella formulo el compromiso que quiero adquirir.*

– *Compartimos en el grupo nuestros compromisos.*

Oración final

Podemos terminar nuestro encuentro de hoy recitando el salmo responsorial o bien cantando, por ejemplo, «Por ti, mi Dios, cantando voy», de Juan Damián.

*Por ti, mi Dios, cantando voy,
la alegría de ser tu testigo, Señor.*

Me mandas que cante con toda mi voz;
no sé cómo cantar tu mensaje de amor.
Los hombres me preguntan cuál es mi misión,
les digo: «Tu testigo soy».

Es fuego tu Palabra que mi boca quemó,
mis labios ya son llamas y ceniza mi voz;
da miedo proclamarla, pero Tú me dices:
No temas, contigo estoy.

Lecturas bíblicas: Domingo 2º del Tiempo Ordinario

Primera lectura: Isaías 49,3.5-6

En pocas líneas queda descrita la vocación y la misión profética del siervo de Yahvé: la llamada de Dios y el encargo de transmitir su salvación a todas las gentes. Desde la primera generación apostólica se ha visto en esta figura, constituida en «luz de las naciones», a Jesucristo.

Salmo 39,2.4ab.7.8ab-10:

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Dios se ha hecho presente en la vida del creyente y este responde manifestando el deseo de hacer la voluntad de Dios durante toda su vida.

Segunda lectura: 1 Corintios 1,1-3

Somos Iglesia, comunidad, congregación de llamados. Hemos sido constituidos pueblo santo y, como tal, estamos unidos a muchos otros hombres y mujeres que invocan el nombre de Jesucristo.